

El Hijo de la Promesa | Gálatas 4:21-31

“Decidme, los que queréis estar bajo la ley, ¿no habéis oído la ley? Porque está escrito que Abraham tuvo dos hijos; uno de la esclava, el otro de la libre. Pero el de la esclava nació según la carne; mas el de la libre, por la promesa. Lo cual es una alegoría, pues estas dos mujeres son los dos pactos; el uno proviene del monte Sinaí, el cual engendra para esclavitud, que es Agar. Porque esta Agar es el monte Sinaí en Arabia, y corresponde a la Jerusalén actual, la cual está en esclavitud con sus hijos. Pero la Jerusalén de arriba es libre, la cual es la madre de todos nosotros. Porque está escrito: Alégrate, estéril, tú que no das a luz; prorrumpe en júbilo y clama, tú que no tienes dolores de parto; porque más son los hijos de la desolada que de la que tiene marido. Ahora bien, hermanos, nosotros, como Isaac, somos hijos de la promesa. Pero como entonces el que nació según la carne perseguía al que había nacido según el Espíritu, así también ahora. Mas ¿qué dice la Escritura? Echa fuera a la esclava y a su hijo, porque el hijo de la esclava no heredará con el hijo de la libre. Así que, hermanos, no somos hijos de la esclava, sino de la libre.” (Gál. 4:21-31).

El **plan** ideado por Sarai, y aceptado por Abram, que dio origen a Ismael, el **hijo de la esclava**, quien nació **según la carne**, resultó insatisfactorio para toda la compañía desde el primer paso que se dio para llevarlo a cabo.

“Entonces Sarai, mujer de Abram, tomó a Agar su sierva egipcia, al cabo de diez años que había habitado Abram en la tierra de Canaán, y la dio a Abram su marido por mujer. Y él se llegó a Agar, y ella concibió; y cuando vio que había concebido, miró con desprecio a su señora.” (Gén. 16:3, 4). Y aunque, como dice el registro, Sarai fue la primera en proponer este **plan**, y que *“Sarai . . . tomó a Agar su sierva egipcia, . . . y la dio a Abram su marido por mujer,”* sin embargo, tan pronto como se vio despreciada por Agar, y esto a causa del éxito del propio plan de Sarai, se volvió a Abram con reproches y dijo: *“Mi afrenta sea sobre ti: yo di a mi sierva en tu regazo; y viéndome ella que había concebido, me mira con desprecio en sus ojos.” (Gén. 16:5).*

“Pero Abram dijo a Sarai: He aquí, tu sierva está en tu mano; haz con ella lo que bien te parezca.” Y cuando Sarai la trató *“ásperamente”* ella huyó. (Gén. 16:6). Y aunque el Señor dijo a Agar: *“Vuélvete a tu señora, y sométete bajo sus manos,”* es evidente que no todo fue pacífico y agradable después. (Gén. 16:9).

Además, como hemos visto, cuando, después del nacimiento de Ismael, Abram dijo al Señor: *“¡Ojalá Ismael viva delante de ti!”* no fue escuchado; sino que Ismael fue claramente **apartado**, y se le dijo a Abram que Sarai su esposa ciertamente le daría un hijo, y que le pondría por nombre Isaac; *“y estableceré mi pacto con él por pacto perpetuo, para su descendencia después de él.” (Gén. 17:18, 19).*

“Y Sara concibió y dio a Abraham un hijo en su vejez, al tiempo que Dios le había dicho.” “Y creció el niño, y fue destetado; e hizo Abraham gran banquete el día que fue destetado Isaac. Y

vio Sara al hijo de Agar la egipcia, el cual le había nacido a Abraham, que se burlaba. Por tanto, dijo a Abraham: Echa fuera a esta sierva y a su hijo; porque el hijo de esta sierva no heredará con mi hijo Isaac. Y el asunto fue muy doloroso a Abraham a causa de su hijo. Pero Dios dijo a Abraham: No te parezca grave a causa del muchacho ni a causa de tu sierva; en todo lo que te dijere Sara, oye su voz; porque en Isaac te será llamada descendencia.” (Gén. 21:2, 8-12).

Pero el registro aún no estaba claro. Abraham se había desviado de la clara **promesa de Dios**, y había puesto su confianza en la **carne**; y no solo la esclava y su hijo debían ser echados fuera, sino que cada elemento de todo el **plan** que había introducido a la esclava y a su hijo debía ser completamente renunciado y abandonado. En consecuencia, el Señor dijo a Abraham: *“Toma ahora tu hijo, tu único hijo, Isaac, a quien amas, y vete a tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré.”* (Gén. 22:2).

Isaac era el **hijo de la promesa**. No había otra promesa de un hijo, no podía haber otra promesa así; y no podía haber otro hijo sin otra promesa. Y ahora, que Abraham ofreciera a Isaac en holocausto era, por lo que podía verse, quitar todo lo que había sido prometido. Pero cuando Abraham había mirado hasta aquí, miró aún más allá, incluso de regreso a la **promesa original de Dios**, y confió y esperó que cuando ofreciera a Isaac, Dios ciertamente cumpliría su promesa **resucitándolo de entre los muertos** —trayéndolo de vuelta de las cenizas cuando hubiera sido quemado en sacrificio.

Este llamado del Señor, por lo tanto, a Abraham para que ofreciera a Isaac en holocausto, llevó a Abraham de regreso a la noche de la **promesa original**, cuando Dios le había dicho: *“Mira ahora los cielos, y cuenta las estrellas, si las puedes contar. Y le dijo: Así será tu descendencia. Y creyó Abram al Señor, y le fue contado por justicia.”* (Gén. 15:5, 6).

Así, Abraham fue llevado a depender y confiar únicamente en la *promesa desnuda de Dios*, por todo lo que la promesa contenía. Y si Abraham hubiera permanecido allí desde el principio y se hubiera negado a la sugerencia de Sarai con respecto a Agar, no habría habido tal problema familiar como el que surgió entre Sarai y Agar; Ismael nunca habría nacido; y Abraham nunca habría sido llamado a ofrecer a Isaac. Si desde el principio *“no dudó, por incredulidad, de la promesa de Dios”* (Rom. 4:20), sino que se fortaleció en **fe**, dando gloria a Dios, plenamente persuadido de que lo que había prometido, también era poderoso para cumplirlo, la **justicia** le habría sido imputada en todo momento.

“Estas son los dos pactos; el uno proviene del Monte Sinaí, el cual engendra para esclavitud, que es Agar.” El **pacto del Sinaí** fue fruto de la **carne**, de la desconfianza y la incredulidad en Dios, así como lo fue el **plan** que introdujo a Agar y dio a luz a Ismael. Y así como Agar e Ismael, la esclava y su hijo, tuvieron que ser echados fuera, y todo el **esquema** que los trajo debía ser completamente repudiado, así el **pacto del Monte Sinaí** debía ser echado fuera, y todo lo que lo introdujo debía ser completamente repudiado.

Así como Abraham y Sara tuvieron que echar fuera a Agar e Ismael, y repudiar todo el **plan** que los había traído, y ellos mismos regresar a la **promesa original de Dios**, para depender

enteramente de ella por todo lo que contenía, así el **pacto del Sinaí** debe ser echado fuera, y todo lo que lo introdujo debe ser completamente repudiado por Israel y por todos los demás, y el **pacto original de Dios con Abraham** debe ser el único en el que se confíe y del que se dependa, plena y exclusivamente, por todo lo que promete. Y así leemos: —

“Al librarlos de Egipto, Dios procuró revelarles su poder y su misericordia, a fin de que fueran inducidos a amarlo y a confiar en él. Los llevó hasta el Mar Rojo —donde, perseguidos por los egipcios, la huida parecía imposible— para que comprendieran su absoluta impotencia, su necesidad de ayuda divina; y luego obró su liberación. Así, se llenaron de amor y gratitud hacia Dios, y de confianza en su poder para ayudarlos. Los había unido a sí mismo como su libertador de la esclavitud temporal.

“Pero había una verdad aún mayor que debía grabarse en sus mentes. Viviendo en medio de la idolatría y la corrupción, no tenían una verdadera concepción de la santidad de Dios; de la extrema pecaminosidad de sus propios corazones; su total incapacidad, por sí mismos, para obedecer la ley de Dios; y su necesidad de un Salvador. Todo esto debían aprenderlo.

“Dios los llevó al Sinaí; manifestó su gloria; les dio su ley, con la promesa de grandes bendiciones a condición de obediencia: “Si diereis oído a mi voz, y guardareis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra. Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa.” (Éx. 19:5, 6). El pueblo no se dio cuenta de la pecaminosidad de sus propios corazones, y de que sin Cristo les era imposible guardar la ley de Dios; y fácilmente entraron en pacto con Dios. Sintiendo que eran capaces de establecer su propia justicia, declararon: “Haremos todas las cosas que Jehová ha dicho, y obedeceremos.” (Éx. 24:7).

*“Habían sido testigos de la proclamación de la ley en majestuosa grandeza, y habían temblado de terror ante el monte; y, sin embargo, solo unas pocas semanas pasaron antes de que rompieran su **pacto** con Dios y se inclinaron a adorar un ídolo. No podían esperar el favor de Dios a través de un pacto que habían roto, y AHORA, al ver su pecaminosidad y su necesidad de perdón, fueron llevados a sentir su necesidad del Salvador revelado en el **pacto abrahámico**, y prefigurado en las ofrendas sacrificiales. AHORA por **fe** y **amor** estaban unidos a Dios como su libertador de la **esclavitud del pecado**. AHORA estaban preparados para apreciar las bendiciones del **NUEVO PACTO**.” (Patriarcas y Profetas, páginas 371, 372).*

[Advent Review and Sabbath Herald | 3 de julio de 1900]